

## Un aficionado al teatro: Moratín

Dirige Máiquez una representación de *Ótelo*, según el arreglo de Ducis, traducido por Teodoro Lacalle. En el primer entreacto sube al escenario Leandro Fernández de Moratín, que recita su romance «Cosas pretenden de mí». Galdós, que además de placer nos da tanta información, lo pinta así: «Era entonces un hombre como de cuarenta y cinco años, pálido y serio, de mediana estatura, dulce y apagada voz, con cierta expresión biliosa en su semblante como hombre a quien amarga la hipocondría y entristece el recelo. En sus conversaciones era siempre mucho menos festivo que en sus escritos; pero tenía semejanza con éstos por la serenidad inalterable de las sátiras más crueles, por el comedimiento, el aticismo, cierta urbanidad irónica, solapada, y la estudiada llaneza de sus conceptos»<sup>1</sup>.

No es frecuente entre nosotros, por desgracia, que la edición de una obra de teatro se plantee desde el punto de vista escénico, no sólo literario, ni que una representación de nuestros clásicos vaya acompañada del necesario marco cultural. Moratín, por supuesto, es incomprensible al margen de lo que significó, en Europa y en España, «el siglo

<sup>1</sup> Pérez Galdós, *La corte de Carlos IV*, en *Obras completas: I. Episodios nacionales*, Ed. Aguilar, Madrid, 1945, pág. 155.

de las luces». Por eso me parece que ha acertado Juan Antonio Hormigón al acompañar *La mojigata* —representación y libro<sup>2</sup>— de una exposición interesante y útil para cualquier aficionado al teatro.

Eso fue Moratín, entre otras cosas: un gran aficionado al teatro. Por supuesto, escribió muchas veces sobre la reforma de los teatros, pero no hay que pensar en él como en un preceptista ni ensayista teórico. Escribió teatro porque era un gran aficionado a la escena. Hoy, gracias a las ediciones del *Diario* y *Epistolario* que han realizado Mireil-le y Rene Andioc<sup>3</sup>, podemos saber muchas más cosas sobre su personalidad, verdaderamente fascinante; en mi opinión, más fascinante que su obra, con ser ésta de enorme importancia para la historia del teatro español.

Apenas llega a Burdeos, le cuenta a su amigo Juan Antonio Melón, el 15 de octubre de 1821, que se ha abonado al teatro, «y allí me encontrarás todas

<sup>2</sup> Leandro Fernández de Moratín, *La mojigata*, un trabajo teatral de Juan Antonio Hormigón, Estudios. Texto. Críticas. Exposición «Moratín y el teatro de la ilustración» (en prensa).

<sup>3</sup> Leandro Fernández de Moratín, *Diario (mayo 1780-marzo 1808)*, edición anotada por Rene y Mireille Andioc, Ed. Castalia, Madrid, 1968. Del mismo, *Epistolario*, edición de Rene Andioc, Ed. Castalia, Madrid, 1973.

las noches, indefectiblemente, desde las siete a las once»<sup>4</sup>. Tiene, entonces, sesenta y un años y muchas penas a la espalda. Trece días después, le cuenta sus apuros económicos a Manuel García de la Prada, pero apostilla: «Lo cierto es que no quiero irme a vivir a un arrabal, ni sujetarme a la ración de un bodegón, ni despedirme del teatro, que es mi única tertulia, mi diversión y mi escuela. Sólo con estas privaciones podría ahorrar dinero; pero no quiero economías tan a costa de mi buen humor»<sup>5</sup>.

Al año siguiente, el 8 de mayo de 1822, vuelve a comentar a Melón, con su habitual humor: «Sin chocolate y sin teatro soy hombre muerto. Si algún día te dicen que me he ido a vivir a Astracán, saca por consecuencia legítima que en Astracán hay teatro y hay chocolate»<sup>6</sup>.

Todavía aparece el tema en su correspondencia tres años después. Se ha instalado ya en Burdeos Goya y le pinta su segundo retrato. Goya es, todavía, un admirable ejemplo de vitalidad: «Goya dice que él ha toreado en su tiempo, y que con la espada en la mano, a nadie teme. Dentro de dos meses va a cumplir ochenta años»<sup>7</sup>. Sin embargo, el verano de 1825, en Burdeos, es extremadamente duro, y, según su amigo, Goya «ha estado a punto de morir». Don Leandro, más joven pero más débil, protege su salud: «Por aquí hace un calor extraordinario; todo el día me estoy guardando en mi cuarto, y no salgo de casa hasta las siete, para ir a mi oficina»<sup>8</sup>. ¿Cuál es esta «oficina» diaria de Moratín a sus sesenta y cinco años? No resulta difícil imaginarlo. Por si acaso, el copiador del manuscrito ha anotado: «El teatro.»

*La mojigata* se estrenó en el Teatro de la Cruz en mayo de 1804. Las notas que componen el peculiar diario de Moratín, con sus abreviaturas y mezcla de idiomas, nos permiten seguir un poco el acontecimiento. Desde el mes anterior se repite varias veces: «Repasar Mojigata.» El día 8 de mayo, por primera vez, leemos: «Essay ex Mojigata.» Otras veces se completa: «in<sup>+</sup>» (Teatro de la Cruz). Hay también referencias al vestuario del teatro y a la decoración. Finalmente, el día 19 se anota el acontecimiento: «Ad<sup>+</sup>, essay of Mojigata / cum Pacita and Mother, palco, in<sup>+</sup>, ubi representatio of Mojigata»<sup>9</sup>. Acude, pues, al estreno, con Paquita, la mujer a la que le unió una historia sentimental de perfiles tan difíciles de aclarar (y con su madre).

¿Cómo recibió el público la obra? Don Leandro anota, con su habitual liconismo: «Placuit»<sup>10</sup>. La misma palabra usará, dos años después, para el estreno de *El sí de las niñas*: «representación of Oui placuit»<sup>11</sup>. A diferencia de lo que le sucedió en octubre de 1893, en Roma, cuando leyó *El tutor* a Arteaga, después de pasear por Villa Borghese: «chez Arteaga, ad qui legi Tutor: non placuit»<sup>12</sup>.

Sí gustó *La mojigata*; así, pues, aunque Galdós, en *La corte de Carlos IV*, nos cuenta que todavía sirvió como término de intencionada polémica dos años después, al estrenarse *El sí de las niñas*: «Los enemigos en letras, que eran muchos, y los envidiosos, que eran más, hacían correr rumores alarmantes, diciendo que la tal obra era un comedia más soporífero que *La mojigata...*»<sup>TM</sup>.

Después del estreno, Moratín sigue acudiendo a su palco del Teatro de la Cruz todos los días a ver las represen-

<sup>4</sup> *Epistolario*, ed. cit., pág. 461.

<sup>5</sup> *Ibídем*, pág. 463.

<sup>6</sup> *Ibídeme*, pág. 503.

<sup>7</sup> *Ibídeme*, pág. 646.

<sup>8</sup> *Ibídeme*, pág. 627.

<sup>9</sup> *Diario*, ed. cit., págs. 307-308.

<sup>10</sup> *Ibídeme*, pág. 308.

<sup>11</sup> *Ibídeme*, pág. 335.

<sup>12</sup> *Ibídeme*, pág. 112.

<sup>TM</sup> Galdós, *ob. cit.*, capítulo II.

taciones: va con Conde, con Melón, con Tinco. El día 27, después de la función, pasea con Conde, encuentra a Paquita y a su inseparable madre y las invita a un refresco. El 29 de mayo, en fin, terminan las representaciones: «Palco, Mojigata concluyóse.» Para celebrarlo, va con sus amigos Tineo, Carretero, Ponce, Pinto y Querol al Café del Ángel, donde toman sorbetes. Ha durado la obra once días seguidos. (*El sí de las niñas*, con su escándalo, alcanzará veintiséis días seguidos y su autor asistirá, también, a todas las representaciones.) Tres meses después, en agosto, se repone *La mojigata* y Moratín vuelve a llevar al palco del Teatro de la Cruz a Paquita, siempre con su madre<sup>14</sup>. ¿No se aburrirá la joven de volver a verla? Quizá el palco diera ocasión para las «tenerezze»<sup>15</sup> que don Leandro, refiriéndose a ella, anota varias veces en su *Diario*.

Este aficionado al teatro es, según él mismo se retrata, un hombre sensible, moderado, escéptico, solitario, de genio blando y humor agridulce. Antes de Larra, ha comprobado en su carne lo que significa escribir en España: «Sea influjo del clima, sea efecto de las circunstancias, sea el demonio que en todo se mete, lo cierto es que nuestra dulce patria no permite que ninguno de sus hijos sobresalga en ella impunemente, y paga con amarguras los esfuerzos del talento y la aplicación, al paso que recompensa con premios y honores la ignorancia, el error y los delitos.» Por eso, a su amigo Dionisio Solís le recomienda que viva feliz y, para ello, que «lea y no escriba»<sup>16</sup>.

Años después, desde Burdeos, escribe a Melón: «Esto se llena de españoles y españolas y españolitos y españo-litas. Yo, gracias a Dios, no trato a ninguno: o encerrado en casa, o paseando-

me solo, o asistiendo a la obligación diaria del teatro, me ahorro de cumplimientos, de chismes y de peligros. Nunca he vivido más libre...»<sup>17</sup>. Y a Pepita, su antigua amada, a la que tantas veces llevó al teatro, a los volatines, a buscar un abanico, a tomar chocolate, a pasear por el Botánico, el Retiro, Mau-des o la Fuente del Berro, la escribe en 1823, con acentos que parecen preludiar al más amargo Cernuda del exilio: «Yo estoy bueno, y sólo alteran mi paz las poquísimas cartas que recibo de España, porque no hay ninguna de ellas que no me añada motivos de fastidio. Le aseguro a usted que si no fuera por un par de docenas de personas que viven ahí por su desgracia, y cuya felicidad me interesa como la mía propia, tiempo hace que me hubiera olvidado de haber nacido en esta tierra»<sup>18</sup>.

Le acusaron, por supuesto, de ser un mal español, un afrancesado. Tuvieron que pasar bastantes años para que Valera, con su inteligencia irónica, proclamara que Moratín, ya, era tan castizo, formaba tanta parte de nuestra tradición como Lope o Quevedo.

Se discute hoy si presentó sobre las tablas la rebeldía contra el autoritarismo tradicional o una solución de compromiso que no destruya el principio de autoridad paterna. Otra vez recuerdo el testimonio —próximo y sagaz— de Galdós: «Censurando la hipocresía en la educación, es una general censura de la hipocresía en todas las fases de nuestras antiguas costumbres. Todo anuncia en aquellos días una fuerte tendencia a adoptar usos un poco más libres»<sup>19</sup>.

Hay que proclamar sin timidez alguna la enorme importancia del teatro de Moratín. Para Brenan, fue el más grande dramaturgo europeo de su tiempo. En todo caso, comparable a los mejores

<sup>14</sup> *Diario*, ^d. cit., pág. 311.

<sup>15</sup> *Ibidem*, págs. 254, 262.

<sup>16</sup> *Epistolario*, ed. cit., pág. 402.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pág. 558.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pág. 559.

<sup>19</sup> Galdós, *ob. cit.*, pág. 92.

de su época. Por eso deberíamos ver sus obras con más frecuencia sobre nuestros escenarios. Es, sencillamente, uno de nuestros grandes clásicos.

Sabía este hombre que para ser un buen autor de teatro hace falta «toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observación continua, sensibilidad, juicio exquisito...»<sup>20</sup>. Por eso proclama

<sup>20</sup> Leandro Fernández de Moratín, *La comedia nueva o el café*, edición de John Dowling, Ed. Castalia, Madrid, 1970, pág. 155.

una vez, con lógico orgullo: «No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite»<sup>a</sup>.

El sí tenía esas cualidades. Además, era un gran aficionado al teatro. Me gusta recordarlo, en su casa de Burdeos, protegiéndose del calor y preparándose para ir, como todas las noches, a ver la comedia.

<sup>21</sup> *El sí de las niñas*, edición de Rene Andicó, Ed. Castalia, Col. «Clásicos Castalia», Madrid, 1969, pág. 249.

A. A.\*

\* 1941. Profesor y crítico literario.